

La luz de la Reina

Lumen Reginae

Reinado 
de María

N.35-MARZO 2023

**María, la esposa
de José**

ALMA MARIANA

**María Benedicta
Daiber**

VICTORIAS DE MARÍA

La Pureza de María

TOTUS TUUS

**“¡No temáis!
soy el Ángel
de la Paz.**

*Los Corazones de Jesús y María están
atentos a la voz de vuestras súplicas”.*



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 35
Marzo 2023

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.


El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.


«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.


P. Rodrigo Molina, inspirador
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMaria

Frase portada: Palabras del Ángel a los
Pastorcitos durante la Primera Aparición.

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN

La nueva Raquel y su maternidad en el dolor



07

ALMA MARIANA

María, la esposa de José



08

VICTORIAS DE MARÍA

María Benedicta Daiber. De la increencia a la oblatividad



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

Santa Brígida y la devoción de los Siete Dolores



12

MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ

Las apariciones angélicas de Fátima



14

TOTUS TUUS SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

Las virtudes de Santa María (III): Su pureza



16

REINADO DE CRISTO

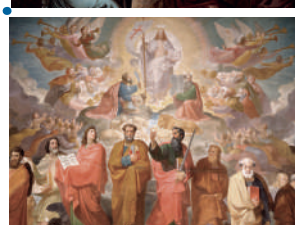
Bienaventurados los misericordiosos



18

AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo





LOS ÁNGELES QUE DIOS PONE EN NUESTRA VIDA

¡El Ángel de Portugal!

Año 1916: Primavera, verano, otoño... Sin poder precisar fechas concretas, tienen lugar las tres apariciones del Ángel a los Pastorcitos de Fátima (Portugal). La primera y la tercera, en el monte Cabezo; la segunda, en el pozo de la finca de la Casa de Lucía en Aljustrel. Vamos a conocer un poco más.

EL ÁNGEL DE FÁTIMA se presenta en actitud del perfecto orante en la presencia de Dios. Viene ingrávido, del Oriente, subiendo entre los árboles del valle transparente por una luz más blanca que la nieve y más brillante que un cristal atravesado por los rayos del sol. Se arrodilla en tierra, inclinando la cabeza hasta el suelo en actitud de profunda adoración. Los Pastorcitos se sienten movidos, por un impulso interior, a imitarle en todo y a repetir con él las hermosas oraciones que les enseña. Al levantarse les dice: «*Así tenéis que orar*».

En la SEGUNDA APARICIÓN les infunde interiormente el espíritu de mortificación y de reparación. «*Sus palabras —dice Lucía— se imprimieron en nuestro espíritu como una luz que nos hacía comprender quién era Dios,*

cómo nos amaba y quería ser amado, el valor del sacrificio, cómo le era agradable; cómo, en su virtud, convertía a los pecadores. Por eso, desde ese momento, comenzamos a ofrecer al Señor todo lo que nos mortificaba, pero sin discurrir en procurar otras mortificaciones o penitencias, excepto la de pasarnos horas seguidas postrados en tierra, repitiendo la oración que el Ángel nos había enseñado».

En la TERCERA APARICIÓN tienen todavía más valor los gestos que las palabras: «*El Ángel trae en la mano un cáliz y sobre él una Hostia de la que caían dentro del cáliz algunas gotas de sangre. Dejando el cáliz y la Hostia suspendidos en el aire se postró en tierra y repitió tres veces la oración: “Santísima Trinidad...”*». Después se levantó, tomó de nuevo en la

mano el cáliz y la Hostia y a mí me dio la Hostia, y lo que contenía el cáliz se lo dio a beber a y a Francisco... De nuevo, se postró en tierra y repitió con nosotros tres veces más la misma oración. Y desapareció».

He aquí unos gestos que valen más que cien palabras. Estas lecciones catequéticas del Ángel tuvieron una influencia decisiva sobre los niños: aprendieron intuitivamente la práctica del sacrificio en todo, imitaron las actitudes de su profunda oración, recitaron constantemente las oraciones aprendidas.

De esta manera tan explícita, EL ÁNGEL DE FÁTIMA PREPARABA A LOS PEQUEÑOS PASTORES PARA LAS GRANDES REVELACIONES DEL CORAZÓN DE MARÍA EN LAS PRÓXIMAS APARICIONES DE NUESTRA SEÑORA.

LA VIRGEN SANTÍSIMA

EN LA SAGRADA ESCRITURA

LA NUEVA *Raquel* Y SU MATERNIDAD EN EL DOLOR

Continuamos vislumbrando en los rostros femeninos del Antiguo Testamento una “anticipación” de los rasgos de la Madre del Señor.

Raquel fue la esposa de Jacob, el padre de las doce tribus de Israel (Gn 29 y ss).

Raquel fue una joven de singular belleza. Prendado de ella, Jacob sirvió de criado en casa de Labán, padre de Raquel, por espacio de catorce años con una sola esperanza: que Labán le diera por esposa a su hija Raquel.

La Virgen María fue hermosa en el cuerpo; pero incomparablemente más hermosa en el alma. Tanto, que le robó el corazón a Dios; y Dios, hecho hombre, la escogió por Madre y bajó a vivir a su seno y a su casa. Se lo dijo el ángel: «Has hallado gracia delante de Dios» (Lc 1, 30).



Raquel tuvo un hijo excelente, José, que fue vendido por sus hermanos a los mercaderes a causa de la envidia que le tenían, pues era el preferido de su padre Jacob; pero después llegó a la cumbre de la gloria en Egipto y fue el salvador de los hermanos que le habían vendido y de todo el pueblo de Israel.

El paralelismo no puede ser mayor.

Nuestra Señora, la Virgen, tiene un hijo, Jesús, y ese Hijo es vendido y entregado a la muerte por los hombres, sus hermanos; pero Jesús resucita, sube a la cumbre de la gloria y es el salvador de todos los hombres.

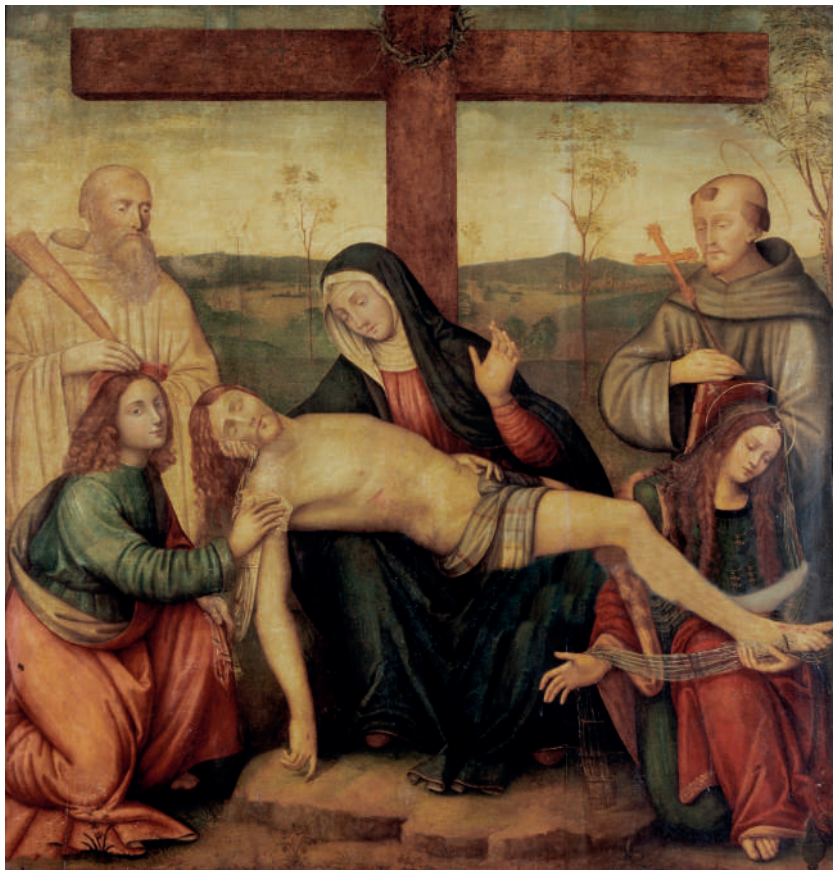
Aún encontramos otra semejanza entre Raquel y Santa María.

Dice la Escritura, que cuando Raquel dio a luz a su primer hijo, José, sintió una gran alegría; pero al dar a luz su segundo hijo, tuvo un gran sufrimiento; por eso le puso por nombre Benjamín, que significaba hijo del dolor.

María dio a luz a Jesús en la cueva de Belén con transportes de júbilo; pero hijos de la Virgen somos también los hombres y nos dio a luz espiritualmente en el monte Calvario con sufrimientos que no han tenido semejanza.

La Virgen en el Calvario, donde Jesús la proclama Madre de los hombres, es la Dolorosa.

Y los hombres hijos de la Virgen somos los hijos del dolor.



LA CONTEMPLACIÓN DE NUESTRA MADRE DOLOROSA NOS AYUDARÁ DURANTE ESTA SANTA CUARESMA A PREPARARNOS PARA VIVIR LA PASIÓN Y RESURRECCIÓN DEL SEÑOR.

Nos dice el P. Molina:

«Santa María fue Madre de Cristo por obra del Espíritu Santo; y por obra del mismo Espíritu Santo compartió la pasión de su Hijo y fue asociada íntima e inseparablemente a ella.

En unas mismas palabras la voz de Simeón inspirada por el Espíritu Santo une la suerte de Jesús y de María en la obra de la redención satisfactoria-expiatoria-dolorosa: “Este Niño está puesto para hundimiento y levantamiento de muchos en Israel y para señal de contradicción

¡Y a Ti misma una espada te atravesará el alma! A fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones”. (Lc 2, 34-35)

Santa María, para hacernos renacer para Dios, padeció con Jesús los inmensos dolores de su pasión, estando de pie junto a la Cruz. ¡Dichosa tú, Santa María, que sin morir mereciste la corona del martirio junto a la Cruz del Señor!».

LA MADRE SIN CONSUELO ES DADORA DE TODO CONSUELO. Porque su amor es amor que com-padece, que sufre-con. En frase del Papa Benedicto XVI: «En la Madre Dolorosa queda patente el padecer materno de Dios. En Ella se ha hecho visible, tangible. Ella es la “com-passio” de Dios, representada en un ser humano que se ha dejado

implicar plenamente en el misterio de Dios».

Lo que vivía Jesús, María lo vivía con Él. En su maternidad —que en ese momento llegaba a su mayor plenitud—, Ella reunía en Ella a todos sus hijos, a todos los hijos de Dios, sus hijos de desde el principio de los tiempos hasta el fin del mundo. Ni uno solo quedó fuera, ni buenos ni malos. Con su Jesús amado, ella también decía: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Y no era solamente por aquellos que en el Calvario hacían sufrir a Jesús; sino por los pecadores de todos los tiempos. Con Él, su Corazón Inmaculado incansablemente repetía: «¡Padre, perdón!».

Ella presentó a su Hijo todos aquellos que le han amado y esperado, todos aquellos que hoy le aman; nosotros estábamos ahí presentes, y tam-

bién todos los que le amarán hasta el final de los tiempos, reunidos en el Corazón Inmaculado de la Virgen.

El valor del sufrimiento:

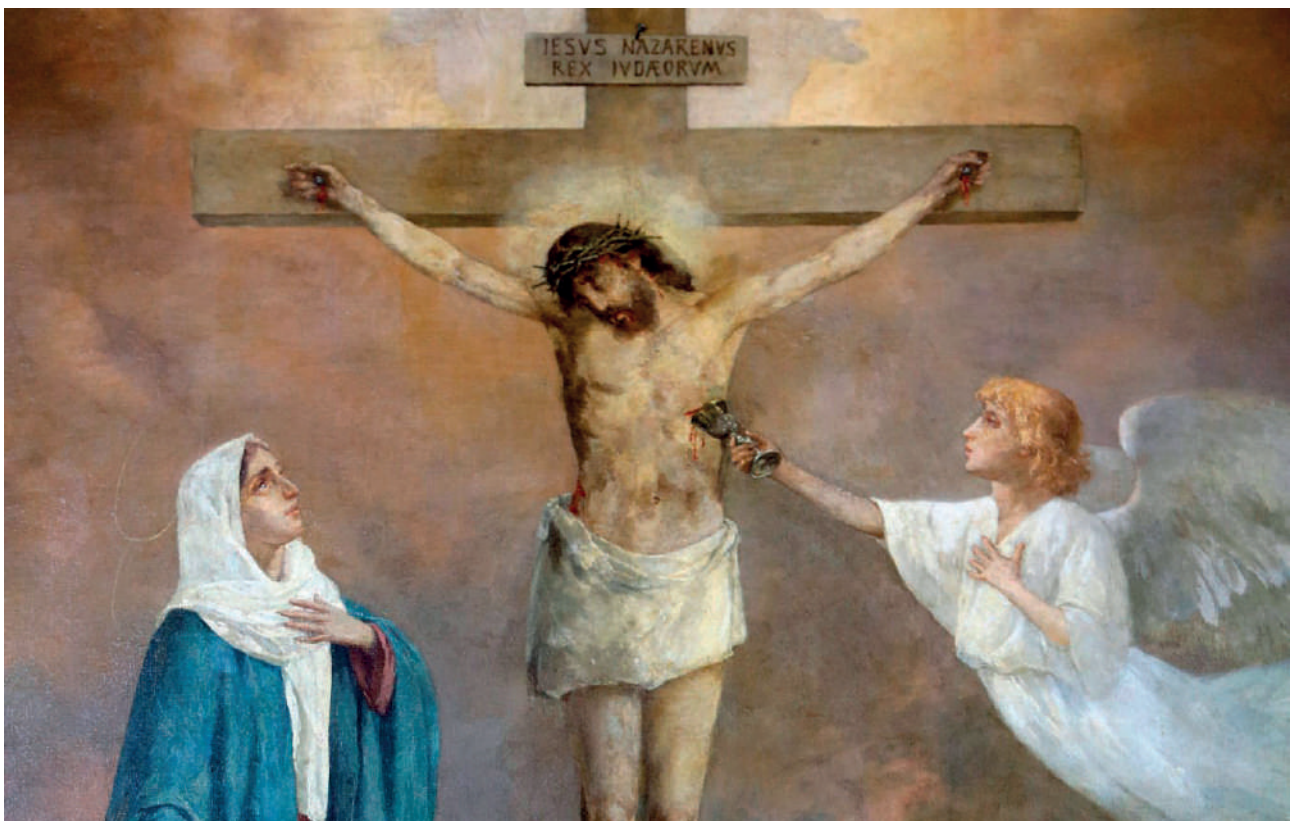
«La Virgen de los Dolores, firme junto a la cruz, con la elocuencia muda del ejemplo, nos habla del significado del sufrimiento en el plan divino de la redención.

Ella fue la primera que supo y quiso participar en el misterio salvífico “asociándose con entrañas de madre a su sacrificio consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado”. Íntimamente enriquecida por esta experiencia inefable, se acerca a quien sufre, lo toma de la mano y lo invita a subir con ella al Calvario y a detenerse ante el Crucificado.

En aquel cuerpo martirizado está la única respuesta con-

vincente para las preguntas que se elevan imperiosamente desde el corazón. Y con la respuesta se recibe también la fuerza necesaria para desempeñar el propio papel en la lucha que opone las fuerzas del bien a las del mal: “Los que participan en los sufrimientos de Cristo conservan en sus sufrimientos una especialísima partícula del tesoro infinito de la redención del mundo, y pueden compartir este tesoro con los demás”.

PIDAMOS A LA VIRGEN DE LOS DOLORES QUE ALIMENTE EN NOSOTROS LA FIRMEZA DE LA FE Y EL ARDOR DE LA CARIDAD, DE FORMA QUE LLEVEMOS CON VALOR NUESTRA CRUZ CADA DÍA (CF. LC 9, 23) Y ASÍ PARTICIPEMOS EFICAZMENTE EN LA OBRA DE LA REDENCIÓN». (SAN JUAN PABLO II, ANGELUS 15-9-91).



María,

LA ESPOSA DE JOSÉ

José fue un incondicional de Dios. El Evangelio no registra ninguna palabra de él. Sí registra su escucha a la palabra de Dios: la muy dura y muy difícil para José. José es silencio a todo lo suyo para ser escucha de todo lo de Dios.

En el Plan Reconciliador de Dios, San José tuvo un papel esencial: Dios le encomendó la gran responsabilidad y privilegio de ser el padre adoptivo del Niño Jesús y ser el esposo virginal de la Virgen María.

El matrimonio entre San José y la Virgen María fue una realidad de incalculable trascendencia para la gloria del Santo Patriarca. Por este hecho queda unido a María más que ninguna otra criatura; y por Ella se une también estrechísimamente a Jesús, lo que constituye un nuevo título de su dignidad y privilegios.

Como sabemos, San José no era el padre natural de Jesús, quién fue engendrado por obra del Espíritu Santo y es Hijo de Dios, pero José lo adoptó amorosamente y Jesús se sometió a él como un buen hijo ante su padre. ¡Cuánta influencia tuvo José en el desarrollo humano del Niño Jesús! ¡Qué perfecta unión existió en su ejemplar matrimonio con María! Nos habla de ello el P. Molina:



«San José es un santo sin contenido alguno propio. Aquí radica la grandeza de José. José no se mueve al imperio de su yo. El Yo de Dios es el que vive en él. **¿Qué sabemos de lo propio de José?** El nombre y algún que otro acontecimiento más. De José sí sabemos que era justo, es decir, lleno de los planes de Dios.

José fue un incondicional de Dios. El Evangelio no registra ninguna palabra de él. Sí registra su escucha a la palabra de Dios: la muy dura y muy difícil para José. José es silencio a todo lo suyo para ser escucha de todo lo de Dios. José, como dice el Papa San Pablo VI, pone a disposición de los planes de Dios su ser entero, su legítima vocación humana, su felicidad conyugal. Dios le exige la renuncia al amor conyugal natural, legítimo y bueno. Le exige virginidad espiritual de corazón vivida en esa forma radical de la virginidad corporal y José acepta sin condiciones, sin peros.

Toda la existencia de José queda así crucificada en sacrificio total a las exigencias absorbentes, radicales, sin límite del oficio del Mesías que se le había confiado. Todo José queda así convertido en un puro servicio. Todo José queda así hecho puro amor.

José es pedestal de Jesús. El pedestal, tanto es mejor cuanto más sirve para exhibir la imagen.

José es un comprometido. Todo él sacrificado a su compromiso de amar, de servir.

José todo por María, José todo por Jesús. José, esposo de María, esposo singular. Tiene todas las cargas propias de un esposo. No tiene los goces propios de un esposo. Para José, los trabajos, las responsabilidades, los riesgos, las preocupaciones.

San José es Evangelio vivo porque San José es humilde, es pobre. Por eso, a San José Dios lo promovió a grandes destinos».



De la increencia a la oblatividad
MARÍA BENEDICTA DAIBER

“Desperté una mañana al toque de las campanas de la iglesia parroquial y me vino a la memoria María, Madre de Jesús... Sentí un impulso misterioso, casi irresistible, de invocarla”.

María Benedicta Deiber Heyne (1904-1987) era hija de un médico alemán y de una profesora suiza. Sus padres eran ateos. La familia se tuvo que establecer en Puerto Octay (Chile). María había sido bautizada luterana, pero a los ocho o diez años era atea, y recibía de sus padres ideas anticatólicas.

La mamá le instruyó para que, cuando le preguntasen si era católica o protestante, dijese protestante. La pequeña quería saber la diferencia.

—Los católicos “adoran” a una tal María, Madre de Jesús.

Como la mayoría de los habitantes eran católicos, ya había oído hablar de María. Y ella relata:

«Desperté una mañana al toque de las campanas de la iglesia parroquial y me vino a la memoria María, Madre de Jesús... Sentí un impulso misterioso, casi irresistible, de invocarla. No conocía ninguna oración, pero me bastó saber su nombre. Me senté en la cama, junté las manos y por tres veces, con todo el fervor de mi alma y, con la intención de invocarla, repetí su nombre: María... María... María... Y largo rato estuve como absorta en algo que, entonces, no sabía definir.»

A los doce años cayó en mis manos una Biblia... Literalmente devoré los Evangelios y, por primera vez, comprendí el vacío inmenso que deja en el alma la falta de fe. Me atormentaban ya estas preguntas: “¿De dónde vengo?, ¿a dónde voy?, ¿por qué existo?”. Y la vida me parecía triste, sin sentido y vacía... Mi madre quiso enseñarme historia eclesial, pero era la historia vista a través del odio a la Iglesia.»

Un día, tenía aproximadamente quince años, mi padre me llevó al hospital y, mientras él visitaba a sus enfermos, yo me quedé en un saloncito. Había allí un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, del cual mi padre se burlaba continuamente. Ese cuadro encarnaba para mí, por decirlo así, todo cuanto odiaba en el catolicismo. Así que, ese día, me coloqué frente a la imagen de aquel Corazón, que tanto ama a los hombres, y amenazándolo con ambas manos, le dije que lo odiaba, que odiaba a su Iglesia, a sus sacerdotes y que estaba resuelta a hacer todo el mal posible a esta Iglesia. En ese mismo instante, resonaron en el fondo de mi alma, estas palabras:

—Y yo te venceré.

Aterrada y presa de espanto, volví las espaldas al cuadro y, por primera vez, comprendí que un día yo, que odiaba tanto a la Iglesia, sería católica. No confesé a nadie lo sucedido; pero, durante meses me negué a acompañar de nuevo a mi padre al hospital. No quería encontrarme otra vez a solas con Jesús.»

En marzo de 1922 su padre la llevó a Santiago de Chile para seguir sus estudios. Quería también conocer la religión católica con el fin de combatirla. Tenía dentro una amalgama explosiva: el odio a la Iglesia y, sobre todo, a los sacerdotes, y su amor a la Virgen.

Recibió instrucción de un sacerdote. Aunque reacia a todo, aprendió el Padrenuestro y otras oraciones a la Virgen (el Avemaría, la Salve, el Acordaos). Por las tardes hacía una visita a la Madre de Dios, repetía ante su altar esas oraciones y agregaba: **«Yo no creo en Dios, pero creo que tú eres mi Madre»**. Incluso asistió a la Santa Misa dominical, donde sintió una gran paz.

El ejemplo de aquel sacerdote que creía, que hacía intensa y frecuente oración, que se sacrificaba por ella, sin que le pagara nada... también le impresionó profundamente. De modo que oraba: **«Dios mío, si acaso existes, dame la fe»**.

Recibió esta fe en una procesión eucarística: **«Así que vi por primera vez a Jesús Hostia tuve la seguridad absoluta: Ahí está Dios. Sentí de tal manera la presencia de Dios, que arrastré a mi pobre madrina en pos de Jesús sacramentado hasta la iglesia a la cual se dirigía la procesión. En aquel instante, creí en Dios»**.

Dios le dio un gran consuelo: **«El mes antes de recibir el bautismo en la Iglesia Católica recuerdo perfectamente lo siguiente: Experimentaba una extraordinaria presencia de María, como un caminar y obrar en todo momento con Ella, en su presencia, bajo su amparo, con su ayuda. No sé cómo describir este fenómeno, tanto menos cuanto nunca más se ha repetido, ni podría con esfuerzo reproducirlo ahora. Después siempre ha predominado en mi alma la experiencia del amor a Cristo y la Virgen ha quedado en segundo plano. Es como si Ella me hubiera llevado de la mano a la unión con Cristo»**.

No cabe duda de que debe su conversión a María. Un tiempo después, también sus padres se convirtieron en fervientes católicos.



María Benedicta Daiber

Santa Brígida

Y LA DEVOCIÓN DE LOS SIETE DOLORES

La Santísima Virgen le comunicó que concedería siete gracias a quienes la honren y acompañen diariamente, rezando siete Avemarías, meditando en sus lágrimas y dolores.

Santa Brígida nació en Norrtälje, Uppland (Suecia) en 1302. Esposa y madre de ocho hijos a quienes educó en la fe con dedicación. Al quedar viuda decidió renunciar a un segundo matrimonio para dedicarse a la oración, la penitencia y las obras de caridad. Vendió sus posesiones, las entregó a la Iglesia e ingresó en el monasterio cisterciense de Alvastra, en su país natal. Falleció el 23 de julio de 1373. Fue canonizada en 1401. En el gran jubileo del año 2000, el Papa San Juan Pablo II la proclamó Patrona de Europa.

La Santísima Virgen le comunicó que concedería siete gracias a quienes la honren y acompañen diariamente, rezando siete Avemarías, meditando en sus lágrimas y dolores. Le dijo:

«Miro ahora a todos los que viven en el mundo por ver si hay quien se compadezca de Mí y medite mi dolor; mas hallo poquísimos que piensen en mi tribulación y padecimientos. Y así tú, hija, no me olvides, aunque soy olvidada y menospreciada de muchos, mira mi dolor e imítame en lo que pudieres. Considera mis angustias y lágrimas y duélete de que sean pocos los amigos de Dios».

PRIMER DOLOR. El que padecisteis al oír LA PROFECÍA DEL ANCIANO SIMEÓN, cuando os dijo que la Pasión de vuestro Hijo sería una espada de dolor que atravesaría vuestro Corazón. Haz que te ame cada día más y que, cuando me presente ante el trono divino para dar cuenta de mi vida, oiga a Jesucristo decirme tiernamente: *«Mi Madre está muy feliz contigo».* (Cf. Lc 2, 22-35).

SEGUNDO DOLOR. El que padecisteis en LA HUIDA Y DESTIERRO A EGIPTO, pobre y necesitada en aquel largo camino. **Haz que tenga un corazón atento para huir de todas las ocasiones de pecado** y que la Sagrada Familia sea, en mi hogar, el ejemplo a seguir. (Cf. Mt 2, 13-15)

TERCER DOLOR. El que padecisteis al tener a vuestro Hijo, EL NIÑO JESÚS, PERDIDO EN EL TEMPLO de Jerusalén por espacio de tres días. **Llévame siempre de tu mano como a un niño** para que no me pierda. Y, si alguna vez, por mis pecados, me alejo de ti, no descansa hasta hacer una buena y sincera confesión. (Cf. Lc 2, 41-50)

CUARTO DOLOR. El que padecisteis en el ENCUENTRO CON JESÚS CAMINO DEL CALVARIO,

cargando Él con la pesada cruz sobre sus espaldas y sufriendo escarnios, injurias y caídas. Ayúdame a cambiar mi corazón para no aumentar más el peso de su Cruz con nuevas ofensas y pecados. **Que pueda ser para Jesús otro Cireneo.** (Cf. Vía Crucis, 4ª estación)

QUINTO DOLOR. El que padecisteis en LA AGONÍA Y MUERTE DE JESÚS, CLAVADO EN LA CRUZ entre dos ladrones. **Enseñame a aceptar, con paciencia, todas las cruces** que estoy viviendo y las que me toquen vivir, ofreciéndolas con mucho amor por la conversión de los pecadores. (Cf. Jn 19, 17-30)

SEXTO DOLOR. El que padecisteis en EL DESCENDIMIENTO DE JESÚS DE LA CRUZ, al recibir en vuestros brazos aquel santísimo Cuerpo desangrado, con tantas llagas y heridas. **Sé mi fortaleza para que pueda sostener con mi entrega a todos los que necesitan de mí, dándoles mi tiempo, mi cariño y todo mi amor.** (Cf. Mc 15, 42-46)

SÉPTIMO DOLOR. El que padecisteis en LA SEPULTURA DE JESÚS, y en vuestra soledad, sepultado ya vuestro Hijo. **Haz que no olvide que estoy de paso en este mundo** y que comprenda que solo muriendo a mí mismo resucitaré a la vida eterna. (Cf. Jn 19, 38-42)

LAS SIETE GRACIAS PROMETIDAS POR MARÍA SON:

1. Pondré paz en sus familias.
2. Serán iluminados en los Divinos Misterios.
3. Los consolaré en sus penas y acompañaré en sus trabajos.
4. Les daré cuanto me pidan,



con tal que no se oponga a la Voluntad de mi Divino Hijo y a la santificación de sus almas.

5. Los defenderé en los combates espirituales con el enemigo infernal y los protegeré en todos los instantes de su vida.
6. Los asistiré visiblemente en el momento de su muerte: verán el rostro de su Madre.
7. He conseguido de mi Divino Hijo que los que propaguen esta devoción (a mis lágrimas y dolores) sean trasladados de esta vida terrenal a la felicidad eterna directamente, pues serán borrados todos sus pecados, y mi Hijo y Yo seremos su eterna consolación y alegría.

La Virgen quiere que meditemos en sus dolores. Por eso al rezar cada Avemaría es muy importante que, cerrando nuestros ojos y poniéndonos a su lado, tratemos de vivir con nuestro corazón lo que experimentó su Corazón Inmaculado en cada uno de esos momentos tan dolorosos de su vida. Comprenderemos que el dolor tiene un sentido, pues ni a la misma Virgen María Dios la libró de vivir el dolor.

LAS APARICIONES ANGÉLICAS DE *Fátima*

Las apariciones angélicas no fueron divulgadas por los niños en el tiempo de las apariciones. Entre 1920-1922, Lucía revelará el contenido de las oraciones enseñadas por el Ángel y en su IV Memoria, escrita a petición del Obispo en 1937, la Hermana Lucía nos ofrecerá la relación de las apariciones del Ángel.

Las apariciones angélicas fueron como una preparación psicológica para que los niños recibieran convenientemente la visita de la Reina de los Ángeles.

De suyo, ésa ha sido siempre la misión de los Santos Ángeles en la tradición cristiana, preparar los caminos del Señor: «Yo mandaré a un Ángel delante de ti para que te defienda en el camino y te haga llegar al lugar que te he dispuesto» (Ex 23,20). «Fue enviado el Ángel Gabriel, de parte de Dios, a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una Virgen desposada con un varón de nombre José, de la Casa de

David; el nombre de la Virgen era María» (Lc 1,26-27).

El Ángel de Fátima se llamaba a sí mismo «Ángel de la Paz», «Ángel de la Guarda de Portugal», significando la especial misión pacificadora que habrían de tener en el futuro las apariciones de Fátima y la especial custodia para la entonces atormentada sociedad portuguesa.

Esta preparación era del todo necesaria, dada la condición ambiental en que iban a desarrollarse las apariciones marianas... Porque los niños eran, sí, inocentes y sencillos, eran piadosos,

rezaban con la familia todos los días el rosario, pero eran muy incultos, no sabían leer ni escribir y la práctica de las virtudes se reducía a aquellas sólidas de la obediencia a sus padres, del respeto al señor Cura Párroco, de la sinceridad a toda prueba. En cambio, de unas prácticas propiamente interiores y espirituales, no tenían ni idea ni experiencia, ni mucho menos algún conocimiento.

Y el Ángel transforma a aquellos pequeños pastores en almas que aprenden la práctica profunda de la presencia de Dios; el ejercicio de la mortificación, a veces he-



roica para sus pocos años, y hasta la contemplación de las más altas realidades místicas de la gracia. Y todo ello de una forma pedagógica perfecta, en una catequesis sencilla de gestos y de aprendizaje de hermosas oraciones.

La preparación que el Ángel de Fátima produce en los niños es cuádruple:

EN PRIMER LUGAR, a través de la catequesis de la imagen, inclinaciones profundas, postraciones frecuentes de adoración de la Divina Majestad que penetran hasta lo más íntimo del alma inocente de los niños.

EN SEGUNDO LUGAR, una catequesis de oración: primero, la impresión infusa de la presencia de Dios como oración habitual y esencial que los pequeños «sienten», pero que no saben explicar; de ahí la imposibilidad no solo moral, sino aun física de poder hablar: «*La presencia de Dios —dice Lucía— sentíase tan intensa e íntima que ni siquiera entre nosotros nos atrevíamos a hablar...*» «*La fuerza de la presencia de Dios era tan intensa que nos absorbía y aniquilaba casi por completo. Hasta parecía privarnos del uso de los sentidos corporales por un gran espacio de tiempo*». En un segundo momento, el Ángel se acomoda a la psicología infantil y les enseña la práctica de la oración por medio de fórmulas claras y sencillas para ser retenidas memorísticamente. Son las siguientes, que reproducimos juntas en su texto crítico literal:

En la primera aparición: «*Dios mío, yo creo, adoro, espero y Os Amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no Os aman*».

En la tercera aparición: «*Santísima Trinidad, Padre, Hijo y*



Espíritu Santo. Os adoro profundamente y Os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de Su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, Os pido la conversión de los pobres pecadores».

EN TERCER LUGAR, el Ángel prepara a los niños a la práctica de la mortificación reparadora. Cuando el Ángel les dice: —«*Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios*», Lucía, un poco extrañada, pregunta: —«*¿Y cómo nos hemos de sacrificar?*». El Ángel explica: —«*De todo lo que pudiereis, ofreced un sacrificio en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores. Atraed de este modo sobre vuestra patria la paz. Yo soy el Ángel de su Guarda, el Ángel de Portugal. Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión el sufrimiento que el Señor os enviare*».

EN CUARTO LUGAR, el Ángel prepara a los niños a la práctica sacramental en la que habían de estar unidos a Cristo y a la Iglesia. Para ello, les imparte una *Comunión mística*.

El Ángel, en la primera aparición, comienza por desplegar una espléndida promesa, vinculada a los Sagrados Corazones: «*Orad, orad así, que los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas*».

En la segunda aparición, el Ángel insiste en que los Sagrados Corazones entran en los designios de misericordia que Dios tiene sobre aquellos pequeños pastorcitos: «*¡Orad mucho! Que los Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia*».

Y en la tercera aparición, el Ángel desvela ya todo el misterio de la reparación que se va a desarrollar en el Mensaje de Fátima, dirigido a la Santísima Trinidad, al Santísimo Sacramento y los Sagrados Corazones. Es decir, todo el Mensaje de Fátima quedaba anunciado plenamente.

LAS VIRTUDES DE SANTA MARÍA (III)

Su Pureza

Otra de las diez virtudes más características y queridas de nuestra Madre es la Pureza, tan grande que María es digna de Dios, y que la identifica. Por eso la llamamos 'la Virgen'. Otros sinónimos son castidad, virginidad, honestidad...

Qué es la pureza

El Catecismo de la Iglesia Católica nos habla de la virginidad:

«Todo bautizado es llamado a la castidad. El cristiano se ha revestido de Cristo (Ga 3, 27), modelo de toda castidad. Todos los fieles de Cristo son llamados a una vida casta según su estado de vida particular. En el momento de su Bautismo, el cristiano se compromete a dirigir su afectividad en la castidad.»

La castidad debe calificar a las personas según los diferentes estados de vida: a unas, en la virginidad o en el celibato consagrado, manera eminente de dedicarse más fácilmente a Dios solo con corazón indiviso; a otras, de la manera que determina para ellas la ley moral, según sean casadas o célibes. Las personas casa-

das son llamadas a vivir la castidad conyugal; las otras practican la castidad en la continencia». (CEC 2348-2349)

El P. Antonio Royo Marín definió **la castidad** como la virtud sobrenatural moderativa del apetito genésico. Es una virtud que hace al hombre semejante a los ángeles; pero es una virtud delicada y difícil, a cuya perfección solo se llega ordinariamente a base de una continua vigilancia y austeridad. (Teología de la perfección cristiana*, cf. nn 151-154. 349-350).

D. Ildefonso Rodríguez Villar escribió en sus Meditaciones: *«La castidad es la virtud más delicada... No se pierde por solo sentir la tentación... Muchísimos santos pasaron por la humillación de sentir las, pero no consintieron, y así no dejaron de ser grandes santos.»*

*Se peca y se pierde la castidad cuando se consiente libre y voluntariamente en cualquier cosa, por pequeña que sea y aunque sea por poco tiempo. Quiere decir que "no hay parvedad de materia" (o materia leve). Aunque parezca poca cosa... si es impura, ya es pecado grave... Todo cuidado y mimo siempre será poco. Nunca creamos que en cautelas se puede exagerar... Las almas más puras fueron las más cautas en esta materia... ¡Cuál sería la delicadeza de nuestra Madre, si tanto amó esta virtud!». (Meditaciones sobre la Santísima Virgen) **

¿Cómo la vivió María?

Santa María vivió en el grado excelso de pureza que es la virginidad.

«Jesús fue concebido en el seno de la Virgen María únicamente por el poder del Espíritu Santo, sin semilla de varón... La profundización de la fe en la maternidad virginal ha llevado a la Iglesia a confesar la virginidad real y perpetua de María incluso en el parto del Hijo de Dios hecho hombre. En efecto, el nacimiento de Cristo lejos de disminuir, consagró la integridad virginal». (CEC 496-499, 510)

ESTA ES LA VIRTUD MÁS QUERIDA, MÁS BUSCADA, MEJOR CUSTODIADA POR LA SANTÍSIMA VIRGEN. MARÍA ES TODA BLANCURA Y PUREZA DESDE SU CONCEPCIÓN, SIN MANCHA POSIBLE, PERO MENOS AÚN MANCHA CAR-

NAL... MARÍA ES EL ÚNICO ESPEJO PURÍSIMO DE LA LUZ INDEFICIENTE Y ETERNA DE DIOS.

María acrisoló su pureza, no con luchas ni pruebas —Dios no quiso que sintiera el aguijón de la concupiscencia— sino trabajando, vigilando, orando, mortificándose como si la sintiera y como si tuviera miedo de perder su virtud. ¡Qué energía tan simpática la suya para guardar y conservar aquella joya inmaculada! ¿Por qué no somos así?

¿Cómo la podemos vivir nosotros?

Recordemos que la Virgen dijo a Santa Jacinta en Fátima: que los pecados que más almas llevan al infierno son los de la carne = los de impureza. Así que no es el más grave, pero sí el que más estragos nos hace. Además, es el que más ciega al alma para percibir lo sobrenatural.

Para luchar contra la propia carne, indicamos sucintamente los principales medios para conservar la castidad.

Medios naturales:

- 1) Nunca llegar al límite de lo permitido, sino mortificarse en cosas lícitas.
- 2) Imponerse algún dolor (ayuno, penitencia...) para contrarrestar las acometidas de la sensualidad.
- 3) Huir de la ociosidad, ‘madre de todos los vicios’, ocupándonos en actividades provechosas y útiles.

4) Huir de las ocasiones peligrosas (es lo más importante): no ponerse imprudentemente en ocasiones sugestivas, donde se puede perder el control de sí fácilmente. Huir como del contagio de una enfermedad.

5) Control de la vista: ‘ojos que no ven, corazón que no siente’.

Medios sobrenaturales:

- 1) Considerar la dignidad del cristiano, cuyo cuerpo es templo del Espíritu Santo.
- 2) Considerar el castigo de ese pecado: las penas eternas del infierno.

3) Meditar con frecuencia la Pasión de Cristo.

4) La oración humilde y perseverante.

5) La frecuencia de los sacramentos, en especial la confesión y la comunión, que es el auxilio más eficaz.

6) La devoción a Santa María, invocarla con frecuencia en las tentaciones, y sobre todo la devoción que lleva a imitarla: Mirar cómo apreciaba Ella su pureza..., cómo la cuidaba con la vida retirada y silenciosa, con la modestia en los ojos y en los vestidos...

*Puede conseguir este libro en las Librerías Testimonio.





QUINTA BIENAVENTURANZA

Bienaventurados los Misericordiosos

La Cuaresma es el tiempo más propicio, si cabe, para profundizar en la misericordia divina. En el Sermón del monte encontramos estas palabras de Jesús, que son el alma, la fuerza que anima el Reino de Dios: el amor arriesgado y comprometido. Nos dice el Señor: *«Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia»* (Mt 5, 7).

¿Qué significa «Misericordia»? viene de «misereor corde» = dolerse en el corazón, sufrir por la miseria de aquel a quien se ama. Este es el sentido de «compasión» = com-pasión = padecer con. No es mera lástima, sino identificación por el amor con el que sufre hasta hacer propio su dolor.

La palabra hebrea que está debajo de la latina «misericordia» o griega «eleos» es «hesed». *Hesed* es como la actitud que toma el amor cuando se compromete en una alianza. Implica asistencia, fidelidad, generosidad, bondad, sonrisa, buen querer.

Hesed es el amor comprometido, el amor que se obliga y liga irreversiblemente; es la capacidad de meterse dentro de la otra persona para poder ver, sentir las cosas como el otro las ve y las siente y así desde esa identificación con el otro, aplicar todo lo propio al remedio del otro, como si fuera «otro yo», mi «alter ego».

Dios ama infinitamente y ama de acuerdo con la condición del amado; por eso al hombre, que sufre miseria (especialmente el pecado) le da amor de misericordia, de com-pasión. La misericordia se concibe ante todo como compasión del corazón.

Esta es la misericordia que se anuncia en el paraíso en el mismo momento de la caída (Gn 3, 15); es la que sella el pacto de la alianza de Yahvé con todos los profetas (Gn 9, 11; 17, 9; Ex 19, 5). Moisés proclama que *Yahvé es Dios misericordioso y clemente, tardo a la ira, rico en misericordia y fiel* (Ex 34, 6).

Esta es la misericordia que cantan, en mil tonos, los salmos: «Él rescata tu vida del sepulcro

y derrama sobre tu cabeza gracia y misericordia... Cuando se alzan los cielos sobre la tierra, tanto se eleva su misericordia sobre los que le temen» (103).

Jesucristo, al encarnarse, será como la encarnación de esa misericordia de Dios: «*Debía ser semejante a sus hermanos para llegar a ser misericordioso*» (Hb 2, 17). Toda su vida es un clamor de esa misericordia, su redención y su muerte son sus frutos visibles.

Dios deja que yo regule su Misericordia. Me permite extraer sin límites de los tesoros de su perdón y su Amor.

La medida de la Misericordia de Dios conmigo será la medida de mi misericordia con los demás. Yo con mi dureza de corazón puedo cerrar la fuente de la Misericordia divina sobre mí.

El amor y la misericordia de Dios penetran en mí en la medida en que yo les deo entrar vaciándome de mi egoísmo en una entrega de amor, misericordia y perdón. Si me encierro en mi egoísmo y en no querer amar ni perdonar, la Misericordia de Dios no penetra en mí porque yo no la deo.

LA BIENAVENTURANZA DE LA MISERICORDIA DE MARÍA

María tuvo, ante todo, ojos misericordiosos. Tuvo corazón compasivo.

Hay unas entrañas de carne purísima, en las cuales nos visitó Dios al nacer: son las entrañas maternas de la Virgen nazarena. En ellas nos visitó Dios por su misericordia al encarnarse. Ellas fueron, en cierto sentido, entrañas de Dios, se vieron llenas del Dios de la misericordia.

Mons. Laureano Castán Lacomá plasmó bellamente este escrito, que podemos saborear convirtiéndolo en oración:

SALMO DE LA MISERICORDIA DE MARÍA

«Cantad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Y a impulsos de su Amor nos dio una Madre que no se enoja, porque es materna su misericordia.

Acogeos siempre, hijos de Adán, a la bondad infinita del Padre celeste, porque es eterna su misericordia.

Acogeos, a la ternura de la Virgen, porque es materna su misericordia.

Escondeos bajo su manto cuando os aceche el enemigo, porque es materna su misericordia.

Atraed con gemidos las miradas de sus ojos, porque es muy tierna su misericordia.

Hablad a sus oídos, siempre abiertos para oír nuestras miserias, porque es materna su misericordia.

Besad sus manos, siempre dispuestas a elevarse suplicantes ante Dios, porque es muy tierna su misericordia.

Haced violencia con vuestras súplicas a su corazón compasivo, porque es materna su misericordia.

Suplicadle hable en favor vuestro, porque es muy tierna su misericordia.

Acudid a ella con gran confianza, aunque sea grande vuestra culpa, porque es materna su misericordia.

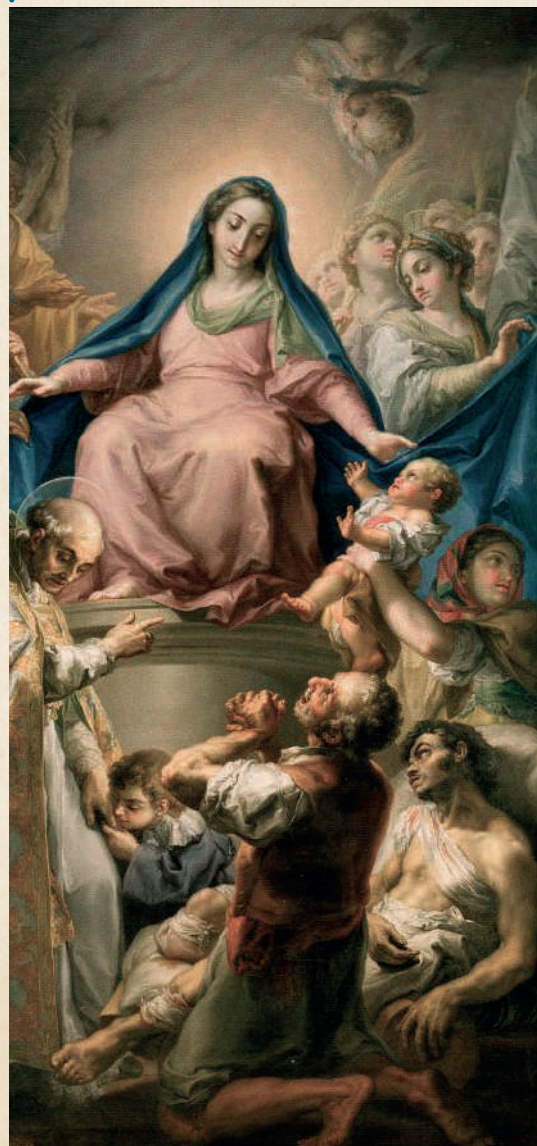
No os alejéis de ella en la hora de las tinieblas y la desolación, porque es muy tierna su misericordia.

Una vez obtenida la calma y la paz, dadle gracias a ella, y por ella a Dios, porque es materna su misericordia.

Pagadle con amor sus beneficios, porque es muy tierna su misericordia.

Bienaventurado el que nunca desconfía ni se aleja de tan buena Madre, porque es materna su misericordia.

Y bienaventurada mil veces la Virgen clemente, piadosa y dulce, porque es materna y muy tierna su misericordia».



Gloria al Padre Y AL HIJO Y AL ESPÍRITU SANTO

Antes de subir al cielo, Jesús ordenó a sus apóstoles llevar la Buena Noticia a todas las gentes y bautizarlas «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

La Santísima Trinidad es el misterio primordial del cristianismo, fuente de todo don y de todo bien. No debemos cansarnos de cantar sus alabanzas, rezando muchas veces la oración: «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo».

La revelación de la Trinidad pertenece al Nuevo Testamento: El Antiguo, en cambio, intenta todo él proclamar y exaltar la unidad de Dios: uno solo es el Señor. «Reconoce y medita en tu corazón — leemos en el libro de Deu-

teronomio (Dt 4, 32-34. 29-40)— que el Señor es el único Dios allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro». Y esto es así porque el pueblo de Israel, que vivía en contacto con pueblos paganos (que rendían culto a muchos dioses falsos), necesitaba ser advertido continuamente de esta verdad (que Dios es Uno-Único) para no caer en la idolatría. El A. Testamento celebra la grandeza de Yahvé, único Dios: Él es el Creador de todo el universo, el Señor absoluto; pero celebra también su condescen-



dencia para con los hombres: es el pastor que va en busca de sus criaturas para ayudarlas, defenderlas del mal y atraerlas a sí. Israel lo ha experimentado ampliamente: Dios lo ha elegido para pueblo suyo, lo ha sacado de la esclavitud egipcia con prodigios admirables, le ha ofrecido su alianza, le ha concedido el privilegio de oír su voz y gozar de su presencia.

«Desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra, ¿hubo jamás palabra tan grande como ésta?, ¿se oyó cosa semejante?» (Dt 4, 32).

Sin embargo, el nuevo pueblo de Dios —que somos nosotros, los que formamos la Iglesia— goza de privilegios mayores aún, fruto de la encarnación del Hijo de Dios y de su pasión, muerte y resurrección:

Con la venida de Cristo, Dios se revela al mundo en el misterio de su vida íntima y de la perfección y fecundidad de su acto cognoscitivo y amoroso, por el que es Padre que engendra al Verbo y es comunión de la que procede el Espíritu Santo. Y entonces Dios entra en relaciones con los hombres no solo como único Señor y Creador, sino también como Trinidad: pues es Padre que nos ama como a hijos en su único Hijo y en la comunión del Espíritu Santo.

Y esta maravillosa realidad no está restringida a unos pocos, sino que se extiende a todos los hombres que aceptan el mensaje de Cristo. En efecto, antes de subir al cielo, Jesús ordenó a sus apóstoles llevar la Buena Noticia a todas las gentes y bautizarlas

«en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 16-20). Todo hombre entra en relación con la Trinidad mediante el Bautismo; por eso renace a una vida nueva: hecho hijo del Padre que ha dispuesto su regeneración, hermano de Cristo que se la ha merecido con la sangre de la Cruz, y templo del Espíritu Santo que le infunde el Espíritu de adopción. Ante Dios el bautizado no es solo una criatura, sino un hijo introducido a la intimidad de su vida trinitaria para que viva en sociedad con las Personas divinas que moran en él.

San Pablo nos explica (Rm 8, 14-17) de modo especial la acción del Espíritu Santo en esta filiación divina de los creyentes: «Habéis recibido... un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: ¡Abba! (Padre). Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios» (Rm 8, 15-16). El Espíritu Santo ha sido enviado a los hombres para que los transforme interiormente y los convierta en hijos a imagen del Hijo. A él se le atribuye esta regeneración íntima, verdadero renacer espiritual; él es su autor y, al mismo tiempo, su testigo, que infundiendo en el creyente la íntima convicción de ser hijo de Dios, lo anima a amarle e invocarle como a Padre.

Pero para que el Espíritu Santo pueda cumplir su obra, es necesario dejarse dirigir por él a imitación de Cristo que en todas sus obras era movido por el Espíritu Santo. «Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios» (Rm 8, 14). No hay

modo más hermoso de honrar a la Trinidad sacrosanta y atestiguarle nuestro amor, que vivir en plenitud sus dones y, por ello, abrirse a la acción del Espíritu Santo, para comportarse como hijos del Padre y hermanos de Cristo.

De la mano de María, recemos con Santa Catalina de Siena:

«Tú, Trinidad eterna, eres mar profundo, en el que cuanto más penetro, más descubro, y cuanto más descubro, más te busco. Hartas insaciablemente, porque el alma, en tu abismo, se sacia sin saciarse nunca y le queda siempre más hambre de Ti, sed de Ti, Trinidad eterna, deseando verte en la luz con tu misma luz. Como desea la cierva la fuente del agua viva, así mi alma desea salir de la cárcel del cuerpo tenebroso y verte a Ti en verdad. ¿Por cuánto tiempo estará escondido a mis ojos tu rostro?» (Diálogo 167)



“El generoso es feliz”. (M. M^a Teresa De Simone)



1) La fe y la inquebrantable confianza en Nuestra Señora ¡mueve, montañas!... Este es el lema que tienen todos los pacientes del Centro de Apoyo Social “Hermana Josefina Serrano” en Acopía (Perú). “Dada la situación política por la que está atravesando el País, estas últimas semanas no han sido fáciles para todos nuestros ancianos, enfermos y niños que atendemos diariamente en el Centro —nos dice una Misionera, miembro del Reinado de María—. Hasta la falta de los servicios básicos nos han afectado gravemente, pero aquí ha salido a relucir todo el amor de nuestros corazones hacia la Virgen María. Ella es una Madre de Misericordia y no desoye nuestras súplicas y oraciones. Hemos rezado mucho y nos hemos esforzado para que, en medio de la oscuridad, reine la LUZ DE LA REINA”.



2-3) Procesión de Nuestra Señora con motivo de la Jornada Mundial del Enfermo el día 11 de febrero, fiesta de Nuestra Señora de Lourdes en las Comunidades de Acopía y Pomacanchi en Cusco (Perú). **4)** Campamento Mariano-Vacacional en las instalaciones del Didascalio de Yucaj en Cusco (Perú). Un grupo de niñas se reunieron para realizar diversas actividades y sobre todo para ¡consolar al Inmaculado Corazón de la Santísima Virgen! **5)** ¡La alegría de darse a los demás! Reparto de alimentos y asistencia sociosanitaria con un grupo de Misioneras y Voluntarios miembros del Reinado de María en Cusco (Perú). **6)** Los niños son los predilectos de María... desde los barrios periféricos de Caracas (Venezuela) reluce la luz de María en el alma de tantos niños que rezan con amor y devoción a Nuestra Señora. **7)** Desde La Pintana (Chile) miembros del Reinado de María nos envían esta hermosa foto donde sus sonrisas nos dicen más que mil palabras. Fue una intensa jornada de reparto de alimentos y atención espiritual y social a las familias más desfavorecidas del barrio.

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org

www.reinadodemaria.org

